

AQUELLA RADIO MARRON Y EL MILAGRO TECNOLOGICO

Corrían los años '60... Recordando mi altura en relación a la planta de ciruelas y al salto que tenía que dar para llegar hasta el cordel de la ropa (un alambre San Martín que atravesaba el patio desde el alero de la cocina hasta la puerta del galpón), puedo estimar que serían aproximadamente la mitad de los años '60.

No recuerdo si hubo un golpe de Estado, un intento de golpe, una escaramuza o un simple comunicado de alguien importante sobre algo muy importante. Como en casa se hablaba mucho de política, las palabras golpe y democracia resonaban casi todos los días.

Supongo que "La Nación" no había publicado mucho; que las pocas AM que se escuchaban en la mágica radio marrón tampoco. Recuerdo en detalle aquella radio de madera de la que salían extrañas luces interiores, cuyo tamaño era el equivalente a cuatro ladrillos vascos parados uno al lado de otro. Cómo no recordarla si mis ojos perdidos en algún punto del dial, descansando porque no los necesitaba, quedaban en estado de coma mientras escuchaba alguna canción que catapultaba mi imaginación a mundos y situaciones idílicas.

Ya habíamos cenado y papá, cuyas callosas y gruesas manos poco entendían de tecnologías, se dirigió al patio con la radio, la puso en la mesita de hierro donde estaban los malvones, unió un cable común (de un solo hilo) a otro que salía por la parte trasera izquierda de la radio y que siempre estaba debidamente enrollado y colgando prolijamente. Unió el otro extremo del cable común al cordel de la ropa y misteriosamente las lejanas e interferidas voces invadieron el patio.

Parece que lo que decían no satisfacía a papá quien comenzó a mover el dial hasta que sintonizó "Radio Colonia", ¡de Uruguay!, la que aparentemente decía la verdad desde el otro lado del Río de la Plata. ¡DE URUGUAY!, de "otro país". ¡Estábamos escuchando voces desde otro país! gracias a la intervención de mi padre, que a través de un solo cable realizó (en esa fría y estrellada noche de mitad de los '60) el milagro tecnológico de llegar a otro país, de atrapar las lejanas voces dentro de la maravillosa radio marrón y de esa manera poder escuchar "la verdad". ¿Pues qué interés podría tener la gente de otro país en decir otra cosa?

En el momento de la invasión de nítidas voces, el gato negro de Juancho quedó inmovilizado en el techo del galpón. Tal vez le dio corriente -transmitida la electricidad de la radio, a través del cordel, hasta las patas del gato-; tal vez le impactó el milagro tecnológico; tal vez anticipó una época en la que los chicos que vendrían -obnubilados, absorbidos y ocupados por las tecnologías- ya no le tirarían más piedras y lo dejarían hacer una apacible vida de gato, una vida que sin duda llevan los gatos que hoy andan por los mismos techos después de 40-45 años. ¿Serán los tataranietos del lúcido y premonitorio gato de Juancho?

Tomás Eduardo Landivar